

≈ DAVID TORREZ

HÉCTOR GARCÍA, IN MEMORIAM

EL PASADO DOS DE JUNIO MURIÓ EL FOTÓGRAFO HÉCTOR GARCÍA, A LA EDAD DE 88 AÑOS, EN LA CIUDAD DE MÉXICO, SU LUGAR DE NACIMIENTO EL 23 DE AGOSTO DE 1923. EN LA ÚLTIMA DÉCADA SU SALUD SE FUE DETERIORANDO A CONSECUENCIA DE UNA FRACTURA DE CADERA SUFRIDA TRAS UNA CAÍDA PROVOCADA POR UNA INSUFICIENCIA CARDIACA Y AGRAVADA POR LAS COMPLICACIONES INHERENTES A SU EDAD. SU DESPEDIDA FUE AL DÍA SIGUIENTE, UN DOMINGO POR LA TARDE, EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES CON UN HOMENAJE DE CUERPO PRESENTE ORGANIZADO POR EL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES.



DULCES MEXICANOS (1966) / COL. PARTICULAR, CORTESÍA D.T.

Héctor García fue reconocido en vida como uno de los grandes del fotoperiodismo mexicano del siglo XX, tanto por su gremio como por el circuito del arte, aunque las tres últimas décadas no fueron suyas del todo. Su obra es producto de más de sesenta años de trabajo, abarca el periodismo en imágenes, escrito, editorial y filmico, la docencia y el activismo por la defensa de su gremio. No obstante la suya es una obra inmensa a la espera de estudios e investigaciones que la ubiquen en su contexto real que permita revalorar su valía estética, histórica y cultural al tiempo que nos ayude a entender nuestro pasado reciente y nos lleve a apreciar, conocer, encontrar, entender al autor, al personaje, al artista: al ser humano en su verdadera dimensión.

Como un modesto reconocimiento a su persona y las imágenes que nos legó, se redactan estas líneas.

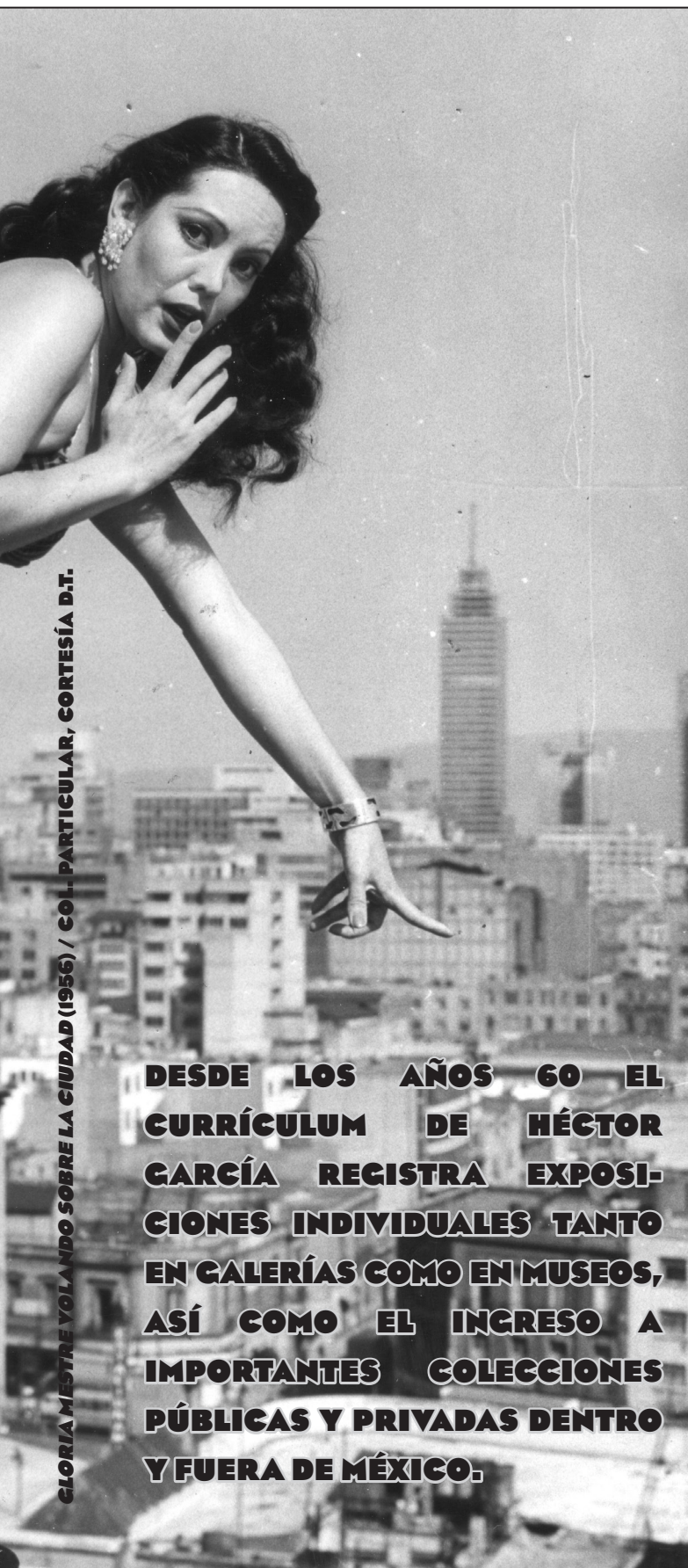
■ Todos los libros sobre Héctor García cuentan lo difícil y cruda que fue su infancia, su paso por la cárcel antes de llegar a la adolescencia, su experiencia como bracero, su encuentro con la fotografía, su llegada al periodismo y cómo trasciende en él por méritos propios. Se echa de menos en esas publicaciones que se hable sobre su pasado personal (el padre o las versiones de que nació en Colombia) y que se diga también que luchó por ser un artista desde fechas tempranas de su carrera como fotorreportero (la carta de Diego Rivera al fotógrafo, donde se refiere a él como “un excelente artista” es de 1955).

Tampoco está claro cómo es que se convierte en un fotoperiodista independiente, ni se ha documentado todavía la historia de su agencia FotoPress, que tuvo al menos tres sedes (Morelos 58-12, Reforma 12-503 y Rosales 26) hasta que el terremoto de 1985 provocó que acabara en el comedor de la casa familiar. Desconocemos si entre las imágenes que consideramos suyas hay, no solo de María García, como ella misma ha reconocido ya en los últimos años, sino de la autoría de Antonio Caballero, Luis Humberto González y Marco Antonio Cruz y otros nombres que pasaron por la nómina de dicha oficina.

Caballero, González y Cruz son fotógrafos conocidos en el circuito del arte e incluso en los últimos 30 años le hicieron sombra a su maestro, Héctor García, como suele ocurrir con los buenos discípulos: Caballero resurgió de un largo olvido y en dos décadas logró posicionarse como artista dentro y fuera de México, González cuenta con un libro prologado por su ex patrón y Cruz es el autor de una de las fotos de los 80, quizás la más terrible, pero no por ello exenta de cierta sublimidad: el edificio Nuevo León derrumbado por el sismo del 19 de septiembre de 1985. Por cierto, un retrato a Héctor García hecho por Marco Antonio Cruz presidió su funeral en Bellas Artes.

Al final de la década de los años 50 del siglo pasado Héctor García había captado ya las que muy bien pueden considerarse entre las fotografías más poderosas de su larga trayectoria: *Nuestra señora sociedad*, *Gloria Mestre volando sobre la ciudad*, *Niño en el vientre de concreto*





GLORIA HESTRE VOLANDO SOBRE LA CIUDAD (1956) / COL. PARTICULAR, CORTESÍA D.T.

DESDE LOS AÑOS 60 EL CURRÍCULUM DE HÉCTOR GARCÍA REGISTRA EXPOSICIONES INDIVIDUALES TANTO EN GALERÍAS COMO EN MUSEOS, ASÍ COMO EL INGRESO A IMPORTANTES COLECCIONES PÚBLICAS Y PRIVADAS DENTRO Y FUERA DE MÉXICO.

y las preferidas por el escritor y crítico de arte Jaime Moreno Villareal y la curadora de fotografía del MOMA, Susan Kismarc, entre muchas otras. Había contraído matrimonio con María del Carmen Sánchez Castañeda, María García, y era ya un empresario exitoso que apenas iba a cumplir los 30 años de edad. El impacto de la fama le pasa factura, pues, si bien en las décadas por venir capta imágenes que contribuirán a acrecentar su prestigio, ya no lo hace en igual número y calidad a las de antes de la mencionada fecha.

A pesar de esto, muchas de las fotografías que se conservan de entonces echan por tierra el mito de que no sabía imprimir o que no le importaba el laboratorio, leyendas propagadas por muchos de sus colegas de la generación que siguió a la suya y que tras su muerte ahora retoma la crítica de arte.

Desde los años 60 el currículum de Héctor García registra exposiciones individuales tanto en galerías como en museos, así como el ingreso a importantes colecciones públicas y privadas dentro y fuera de México. Sus fotografías aparecen en los libros de Salvador Novo esa misma década, de Carlos Monsiváis en la siguiente, en los 80 en uno de Elena Poniatowska y en otro de la Colección Río de Luz, considerada canónica en la revaloración de la fotografía mexicana y que dura hasta nuestros días, con sus altas y bajas.

Ya para concluir el siglo XX, tanto el Museo Paul Getty de California como el Museo de Arte Moderno de Nueva York adquieren obra suya para sus colecciones.

II

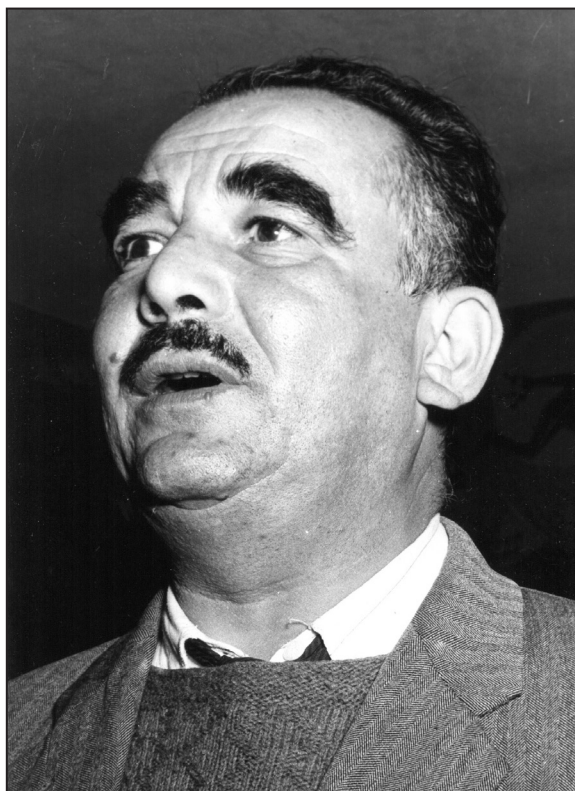
En México sigue sin organizarse la exposición que permita valorar y apreciar la magnitud y valía de su quehacer fotográfico. El intento más reciente fue en 2003 por el Centro de la Imagen pero pasó con más pena que gloria. Ni catálogo hubo. Los museos de las principales ciudades del interior del país tampoco han presentado muestras individuales de relevancia.

En lo anterior, sin duda, tiene que ver la personalidad del fotógrafo. El poeta Dionisio Morales lo describió dueño de "...una aparente humildad que raya en la soberbia... una arrogancia que bordea los límites de la insana modestia". Y lo dice después de un trato que devino en una amistad que perduró por más de 40 años.

Algo de esa actitud se alcanza a percibir en los artículos para la revista *Gente Sur*, reunidos por el ya citado

poeta, en 2007, al referirse, por ejemplo, a la coedición de Conaculta-Turner-DGE/El equilibrista, Héctor García menciona a los autores prestigiados incluidos, señala errores y omisiones, pero olvida citar a los coordinadores y responsables de la puesta en página de sus fotografías: Alfonso Morales, Pablo Ortiz Monasterio y Paulina Lavista. Al primero se debe una de las publicaciones más completas que se han realizado a la fecha sobre la vida y obra de Héctor García; al segundo, el libro en el catálogo del Fondo de Cultura Económica; y a la tercera, hacer público el descontento por la negación de apoyos gubernamentales.

¿Cómo se justifica que su revista *Ojo* de 1958 quedó excluida del reciente volumen de la editorial RM sobre los fotolibros latinoamericanos, que incluye también



publicaciones de esta naturaleza? Hay hasta un facsímil que llevó a cabo el Gobierno de la ciudad de México en el 2000 de la histórica publicación de Héctor García sobre el movimiento ferrocarrilero. No puede tratarse de desconocimiento, pues se contó con un equipo de profesionales, de los mejores conocedores en la materia.

Juan García Ponce, el crítico de arte de la llamada

Ruptura —el momento del arte que siguió al nacionalismo y la modernidad que trajo consigo la Revolución Mexicana, donde se ubica a algunos de los artistas más importantes de nuestros días como Manuel Felguérez, Vicente Rojo e Irma Palacios (aunque esta última es parte de la generación que sigue a los dos antes mencionados)—, también se ocupó del quehacer de Héctor García pero sus imágenes se quedaron fuera de la exposición y homenaje que organizó el INBA al escritor en el 2005.



A los seis años de recibir el Premio Nacional de Ciencias y Artes de manos del primer presidente del México no priísta, el panista Vicente Fox, el fotógrafo, en complicidad con su mujer, abrió en 2008 la Galería Fundación María y Héctor García en la colonia Segunda del Periodista, de la capital mexicana, a unos cuantos pasos del que fue su domicilio particular. Es un espacio privado que funciona como museo dedicado a la pareja de fotógrafos, sala de exposiciones temporales y la realización de actividades relacionadas con la divulgación de la fotografía.

No se sabe a ciencia cierta qué es lo que resguarda la galería-fundación. El fotógrafo habló al respecto en 1998, un año después de empezar la catalogación de su archivo, de 600 mil negativos a partir de cuatro o cinco millones de tomas entre las que reconoció tener “muchísima paja”. Durante el funeral, María García, quien fuera su esposa, se refirió al acervo al hablar con la prensa: hay más de un millón de negativos, se han digitalizado cuatro mil gracias a las becas del Conaculta, se cuenta con copias fotográficas, objetos personales y de trabajo, así como documentos y publicaciones relativas al fotógrafo. María García señaló también el tipo de homenaje por hacer: rescatar, digitalizar y preservar el archivo.

Y la titular del Conaculta aprovechó el acto luctuoso para lucirse, pues hizo suya la petición de la viuda como si de un bien del Estado se tratase cuando en realidad es un patrimonio de particulares. Ojalá y con su promesa no ocurra lo mismo que con la del INBA: en 2010 anunció un homenaje nacional a Héctor García que incluía una exposición en el Museo de Arte Moderno; el artista murió, el sexenio acabó, los funcionarios están a punto de irse y de sus palabras no hay quien se acuerde ya. No hubo ningún homenaje ni exhibición alguna y se perdió

COMO EN TODA OBRA DE ARTE, EN MUCHAS DE LAS FOTOGRAFÍAS DE HÉCTOR GARCÍA SE ENCUENTRA ALGO DEL ALMA, EL ALIENTO, AL MENOS, DE LA SOCIEDAD EN QUE SE ORIGINARON POR LO QUE ES SEGURO QUE SUS IMÁGENES SEGUIRÁN BRINDANDO LUZ, REVELANDO MISTERIOS, SOBRE NUESTRAS HUELLAS POR EL SIGLO XX.

una oportunidad de oro para corroborar con el fotógrafo como testigo si hay más de las 120 imágenes que aseguran algunos estudiosos de la fotografía mexicana que son las que nomás tiene.

Si bien la Galería Fundación María y Héctor García funciona mejor que muchos de los espacios manejados por la burocracia cultural capitalina, lo cierto es que es urgente y necesario que se maneje profesionalmente y defina sus políticas a seguir con miras a garantizar su supervivencia a mediano y largo plazo. Cierto que en menos de un lustro de existencia algo se ha realizado, se ha ganado y capitalizado en experiencia, pero hay que responder a la altura de las circunstancias, a las exigencias del medio en que se desarrolla su labor, un sector cada vez más competitivo no solo en la búsqueda de públicos generales y especializados sino en la lucha por los recursos financieros para operar.

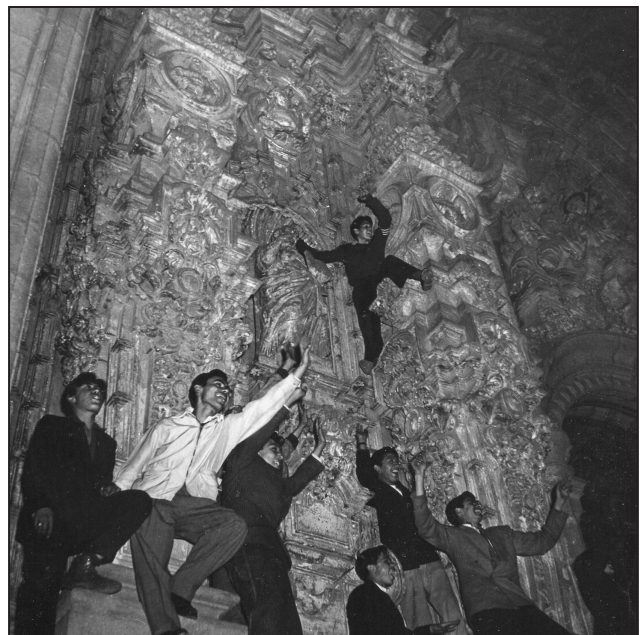
IV

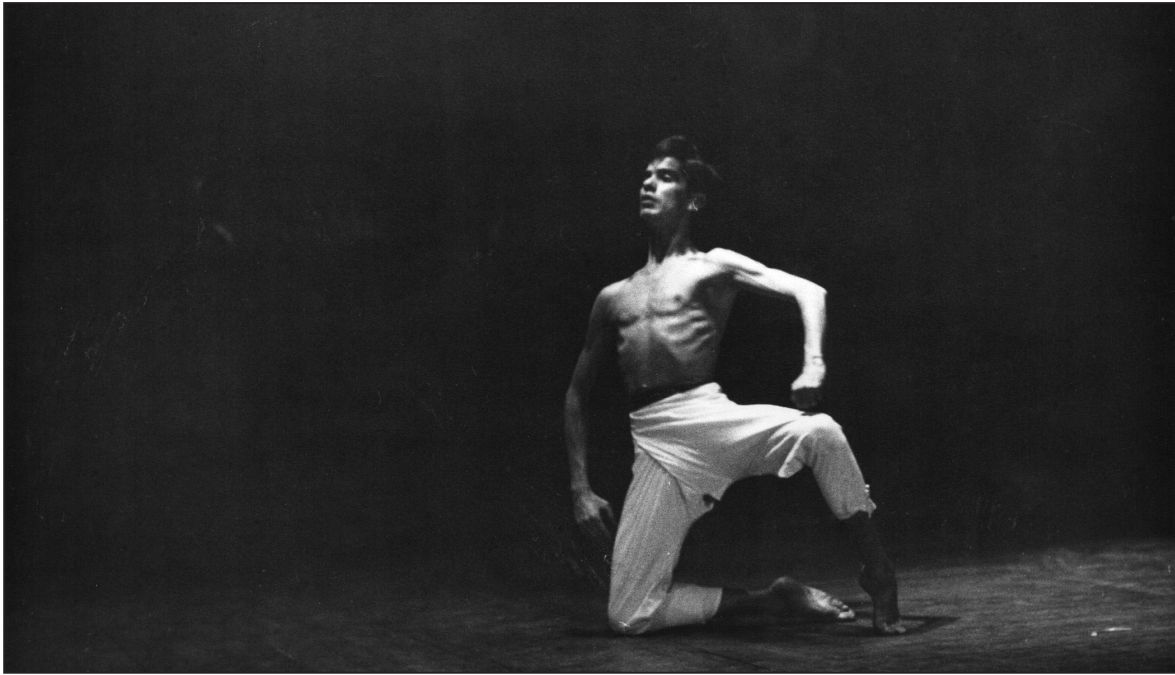
Como en toda obra de arte, en muchas de las fotografías de Héctor García se encuentra algo del alma, el aliento, al menos, de la sociedad en que se originaron por lo que es seguro que sus imágenes seguirán brindando luz, revelando misterios, sobre nuestras huellas por el siglo XX.

Una muestra de lo anterior es la fotografía titulada *Extraño árbol*, captada durante el sexenio alemanista. El autor la envió al II Concurso de Fotografía de Prensa en 1951-52, el certamen no se llevó a cabo, pero la imagen permaneció inédita hasta que se publicó una versión de la misma, editada e invertida, en 2004, como parte de la serie relativa a los sucesos estudiantiles del 68. Nada que ver, pues se trata de un grupo de jóvenes, tal vez burócratas y curiosos, trepados sobre la fachada del Sagrario Metropolitano, que observan y festejan la llegada del entonces presidente Miguel Alemán al Palacio Nacional a su regreso de una gira por los Estados Unidos. El *Extraño árbol*, bautizado así en el reverso por el autor de su puño y letra, es un vintage que

contiene también una frase manuscrita a lápiz sobre el acontecimiento registrado: “llega Alemán de EU”. Al acompañar este artículo se publica ahora por vez primera en su versión original, lo que permite observar al grupo formado por nueve personas —dos se aprecian muy poco— en vez de las siete que tiene la versión que se ha publicado en dos libros como una toma más cerrada. Con la edición se integra a los humanos a lo divino de la fachada y al invertir el negativo pareciera que los retratados celebran-vitorean la entrada al Zócalo de algún contingente cívico pues sus rostros denotan más júbilo que enojo.

En el caso de las demás fotografías que aquí se incluyen es muy probable que se trate de la segunda ocasión, en el más de medio siglo que tienen de existencia, que se reproducen. La excepción es *Dulces mexicanos* que se reproduce muy mal en el folleto de la exposición a Judith Martínez Ortega por el Museo Universitario del Chopo en 2006. Se trata en todos los casos de impresiones de época.





Sobre Héctor García queda por recopilarse su paso por las revistas y periódicos locales y extranjeros, exhibir y publicar sus series fotográficas, mostrar al extraordinario retratista que fue, presentar, conocer y vivir su ciudad así como reeditar los libros donde aparecen sus fotografías de reconocidos escritores, mirar sus viajes por los países donde anduvo, regresar al mundo del espectáculo y sus protagonistas de la época que él cubrió, reunirlos y confrontarlo con los colegas de su tiempo y las generaciones actuales, determinar cómo fue su relación con el poder político, cuáles las enseñanzas e influencias de Gabriel Figueroa y Manuel Álvarez Bravo a quienes reconoció como sus maestros aunque no siempre lo hizo con el segundo; indagar en sus amores y hasta contar su historia con María que tiene mucho de pareja como la de los Álvarez-Bravo, los Weston-Modotti y los Capa-Taro.

Pero el reto principal al que los herederos tienen que hacer frente ya es la profesionalización en el manejo del legado de Héctor García. Es importante delegar en especialistas los proyectos relacionados con el artista y su obra pues no deben cometerse equivocaciones y errores como los de los dos últimos libros aparecidos en vida del fotógrafo: *Pata de perro* y *Chiles Verdes*. En el primero se repite lo mismo, se deja fuera logros importantes recientes (el ingreso al catálogo de Toluca Ediciones, una colección exquisita y refinada que conjunta fotografía, literatura y diseño) y la reproducción de las imágenes es pésima. El segundo

no fecha los artículos que conforman la antología, lo cual convierte en casi obsoleto su uso entre los investigadores y estudiosos. Ambas publicaciones fueron posibles gracias a los recursos de los contribuyentes.

Por último, es vital no desentenderse y ocuparse a la brevedad del mercado y atender a sus leyes de oferta y demanda, actualizarse sobre el valor económico de la fotografía, de los precios en el circuito del arte local e internacional, pero con los pies en la tierra, con sentido común y profesionalismo, pues nadie se beneficia, por ejemplo, cuando los vintages de Héctor García son más fáciles de obtener que un permiso de derechos de autor para publicar unas imágenes que, paradójicamente, fueron realizadas para esos fines: imprimirse, mediatizarse, circular masivamente.



Es mucho lo que está pendiente, lo que hay por hacer, son tareas que se llevarán su tiempo, mucho esfuerzo y un gran compromiso ético. Pero hay que empezar ya, sin demora, no solo a extrañar al fotógrafo físicamente sino a recordarlo, a homenajearlo, a hacer que Héctor García siga entre-con nosotros. El motivo ya lo señaló Olivier Debrouse en *Fuga Mexicana* y continúa vigente hoy día: en sus fotografías “hay algo que no encontramos en ningún otro... gestos, gesticulaciones, movimientos, muchísimos movimientos”. O sea que hay vida sin fecha de caducidad. ج